

En torno al informe general sobre las condiciones de vida de la población pobre en España

Luis Capilla

Miembro del Instituto E. Mounier.

Como siempre este informe –lo mejor que hace Cáritas en España– sigue molestando como molestaron los anteriores. Y es que, como decía un feligrés de una parroquia madrileña: «los jodíos pobres estos que no nos dejan vivir».

Sencillamente no soportamos a los pobres. Pero mucho más que la puerta de Alcalá, ahí están. Y debemos recordar a Nietzsche cuando decía que «un hombre se mide por la capacidad que tenga de soportar la verdad».

Del prólogo de dicho informe extraemos lo siguiente: «hay que denunciar el escándalo y la vergüenza ante la persistencia de la pobreza cuando está próximo a terminar el segundo milenio de la era cristiana, tanto más cuanto que ahora se trata de una *pobreza excluyente en medio de la abundancia*, es decir, *una pobreza económicamente evitable y éticamente culpable*» (Prólogo de Sánchez Fabra).

Y del epílogo de Ildefonso Camacho señalamos lo siguiente:

«– lo más llamativo es que *la pobreza renace*,

– Se identifica la pobreza como una *situación compleja*, porque no es casualidad que la precariedad de recursos económicos (pobreza eco-

nómica) se correlacione con situaciones tales como el analfabetismo, la escasa cualificación profesional, el paro, las deficiencias de la vivienda, etc.

– Se habla de *nuevas pobrezas* consecuencia del rápido avance tecnológico y de sus efectos sobre el mercado de trabajo.

– La realidad y la evolución de la pobreza tienen no poco que ver con la distribución de la renta y con la evolución de la desigualdad económica.

– La mejora de la situación económica no tiene los efectos deseados sobre la reducción de la pobreza, al menos a corto plazo. Esto significa que el desarrollo económico se hace ahora con una fuerte dosis de *exclusión*.

– A escala mundial la realidad de la pobreza tiene que ver con la distribución de la riqueza. Y los datos que siguen explican que la pobreza sigue avanzando en nuestro planeta: en los últimos 30 años la parte de la renta mundial en manos del 20% más pobre del planeta ha disminuido de 3,2 al 1,4%, mientras que la del 20% más rico ha pasado del 70 al 85%; y la disparidad de los ingresos por habitante (PIB per cápita) entre los países industrializados y los países en vías de

desarrollo se multiplicó por tres entre 1960 y 1983».

El informe referido a España

En España hay un total de 8,5 millones de personas que viven con 44.000 ptas al mes o menos. Es decir, la quinta parte de la población.

- La pobreza en España ataca más a los niños y a los jóvenes.
- El 44,2% de la cifra total está en plena juventud, pero también oculto. Son jóvenes que permanecen en el hogar paterno.
- La tercera edad ha mejorado gracias a las prestaciones sociales.
- La pobreza es severa (si la persona percibe entre el 15% y el 25% de la renta disponible o neta) o relativa (entre el 25 y el 50%). Esta última es la que predomina en España. Y así el 80% de los pobres cobra entre 22.000 y 44.000 pesetas al mes.
- El coste de erradicar «perfectamente» la pobreza supondría 700.000 millones de pesetas, cifra que no superaría el déficit de Televisión Española.

Tres son las instituciones llamadas a responder y solucionar este

y las multinacionales en el llamado “mecenasgo” social que supuestamente apoya con su dinero causas solidarias desde la óptica de la Causa y Horizonte del propio beneficio económico».

Y naturalmente, vertebrando este grandioso batiburrillo confuso, profuso y difuso las imparables ONGs.

El juicio –quizás sea prejuicio– que al autor de este artículo le merecen dichas organizaciones con todos los respetos es éste: Constituyen una colosal trampa.

Porque aunque Aranguren divide a las ONG, mejor dicho a los voluntarios, en *voluntariado postmoderno* con las siguientes características: a) perspectiva acrítica de la realidad, b) legitimado desde la clave del interés general, c) situado en el horizonte de la autorrealización personal, y d) esteticista. Y *voluntariado disidente* que, a) nace del análisis de la realidad, b) se centra en la acción social, c) se sitúa en el horizonte de la transformación social, d) eficiente, etc., los dos voluntariados coinciden en que están dedicados a tiempo parcial.

Y ahora, porque la formulación del lenguaje tiene mucha importancia, nos podemos preguntar: ¿A quién sustituye en el lenguaje contemporáneo la palabra voluntario? Sencillamente a la de *militante*, que el diccionario de la UNESCO define por las siguientes notas esenciales:

- 1) Conocimiento de la realidad a modificar.
- 2) Asimilación de un plan estratégico.
- 3) Inmersión en la acción transformadora individual y colectiva.
- 4) Vivir de cara al ideal con un alto grado de utopía desvinculado de gratificaciones económicas.

De hecho, siempre la «militancia» ha significado una dedicación de tiempos y energías que necesariamente eran restadas de otras áreas de la propia vida. La vida de pareja, la familia, la gratitud con-



templativa, el propio desarrollo económico, el «hacer carrera profesional» eran, con frecuencia relegados en función de algo «más importante»: la militancia,

Inclusive, en determinados ambientes esto era casi una exigencia implícita: todo tiempo dedicado a lo personal que no fuese justificado desde la «militancia», más que tiempo perdido «era considerado» tiempo ilegítimamente sustraído «a la militancia».

Pues bien Aranguren (o. c., pág. 58) nos dice lo siguiente:

«Según un reciente estudio elaborado por EDIS, solo en la comunidad autónoma de Madrid 500.000 personas trabajan como voluntarios, lo que significa que el 10% de la población participa alguna vez en este tipo de tareas... El 55% de esas personas voluntarias participa al menos una vez al mes, el 22% colabora varias veces al año, un 12% una vez por semestre y otro 11% una vez al trimestre.

Constatamos que lo que más nos aproxima a la cotidianidad es ese 55% que realiza sus labores como voluntario al menos una vez al mes».

Quinientas mil personas creyendo que hacen algo entre cinco millones pueden servir más de colchón que de revulsivo. Y ahí entiendo yo que está la trampa.

Hemos de preguntarnos si podría

haber algún medio para que los voluntarios –algunos verdaderamente ejemplares– diesen el salto a la militancia. No es fácil ni mucho menos. Sabemos por experiencia que la militancia, como la persona, tarda en nacer, pero nos atrevemos a decir que como primer paso necesario, imprescindible –aunque no suficiente– es salir de *la cultura de la subvención*, en la cual está inmersa toda nuestra sociedad.

No quiero acabar sin traer a colación quizás la más grave acusación que se ha hecho contra las ONGs:

«Las ONGs están, de hecho, al servicio de los intereses del neoliberalismo. Éste financia y promueve organizaciones de base con una ideología antiestatista para intervenir entre las clases potencialmente conflictivas y crear así un cojín social.

Al crecer la oposición al neoliberalismo, los gobiernos occidentales y el Banco Mundial han aumentado la financiación de las ONGs. En el fondo son utilizadas por el neoliberalismo como elemento de contención frente al peligro de posibles explosiones sociales.

Al enfocar su actividad a la asistencia técnica y financiera de proyectos, las ONGs crean un mundo político donde la apariencia de solidaridad y acción social disimula una conformidad conservadora con la estructura del poder nacional e in-

gigantesco problema de España: a) el Estado, b) la sociedad y c) la Iglesia.

Reacción desde el Estado

Por ser un problema claramente político el Estado no puede declararse neutral y a él le corresponde, en primer lugar, ser instrumento activo en la solución de este problema.

Pero estamos en una época de rebaja del Estado (del bienestar) y de alza del mercado. El ataque al Estado de Bienestar ha tenido un doble frente: a) *ideológico*, b) *la eficacia* (Ricardo Petrella).

Desde el punto de vista ideológico las fuerzas conservadoras no admiten que exista el derecho al trabajo, a la sanidad, a unos ingresos de subsistencia mínimos, etc, porque esos derechos «otorgados» no son derechos «adquiridos para siempre» sino reversibles, porque reconocer ciertos derechos significa irresponsabilizar a los beneficiarios.

El único derecho intocable es precisamente «el derecho de propiedad». Y además absoluto, es decir, sin ninguna hipoteca social.

Según las fuerzas conservadoras el haber puesto el acento en los derechos ha contribuido a transformar la sociedad en conjuntos de asistidos crónicos y a matar el espíritu de iniciativa, creatividad e innovación.

Hay que marchar, por tanto, hacia un *Estado mínimo* que, naturalmente, se ponga al servicio de las fuerzas económicas privadas, siendo la razón que en la época de la globalización de los capitales, los mercados financieros, la tecnología, etc., cuanto menos regulación por el Estado mejor, y como contrapartida hay que promover el poder y la función reguladora del mercado.

El Estado-nación asentado en un determinado territorio ha quedado desbordado por las multinacionales

que son los verdaderos agentes de «comunidades virtuales de interés» no delimitadas por territorios, sino abiertas a todo tipo de flujos mundiales.

Desde el punto de vista de la eficacia se acusa al Estado de Bienestar de no haber erradicado la pobreza, pero lo cierto es que Europa –con todos sus defectos– ha generado una sociedad más humana que la sociedad norteamericana.

Que la nación más rica del mundo –EE. UU.– tenga más de 40 millones de pobres no es más que un ejemplo para confirmarnos que en la sociedad norteamericana el camino de la dualización y de la exclusión social está a la orden del día.

Por eso, desbordados los Estados por las fuerzas privadas económicas tienen que reaccionar fundando organismos supraestatales que metan en cintura a esos voraces pulpos planetarios. El fondo de esta lucha es quién somete a quién. Sencillamente debe ser el poder político –que tiene como función la realización del bien común– quien someta al poder económico.

Frente a las multinacionales no hay otra solución que organismos mundiales que legislen y sometan a quienes no tienen más ley que su capricho ni más objetivo que su beneficio.

Desde mi punto de vista, en estos momentos, el más grave problema del Estado es que muchos de sus servidores están totalmente ganados por la teoría del actual neoliberalismo. Y así constituyen la quinta columna que actúa contra el Estado desde dentro del Estado.

Pero el Estado no puede dimitir de su labor fundamental que es la realización del bien común. Entre el liberalismo de Adam Smith –*La riqueza de las naciones*– y el estatismo de Marx –*El Capital*– sigue siendo una opción válida el talante keynesiano de crear una tensión entre el Estado y el Mercado.

Y no puede –el Estado– renunciar de ninguna manera a generar

una sociedad más solidaria, para lo cual tiene que utilizar –sin muchos miramientos para los poderosos– una audaz política fiscal, sin la cual no habrá solución justa para el problema de la pobreza.

Y el conjunto de los Estados no pueden de ninguna manera tolerar un hecho, al cual ya nos hemos acostumbrado, que es la existencia en el mundo de 37 paraísos fiscales. Paraísos para unos pocos que traen aparejado infierno para muchos.

Alrededor de mil son los muertos causados en España por el terrorismo. Pues «el terrorismo económico» ha sometido a la pobreza a ocho millones y medios de españoles. Y como se nos ha dicho anteriormente es una «pobreza económicamente evitable y éticamente culpable».

Reacción desde la sociedad

Luis A. Aranguren ha escrito un precioso libro titulado *Reinventar la solidaridad* y así presenta el tema:

«Con los años noventa, una nueva obsesión ha poblado las calles y las preocupaciones del Occidente rico: hemos entrado en la era de la solidaridad. Desde la acción y presencia de personas y colectivos en zonas de conflicto bélico o grave inestabilidad social, hasta la pequeña y cotidiana aportación que muchas personas realizan de modo voluntario con vecinos, enfermos, inmigrantes, gentes sin hogar y otras personas o colectivos excluidos del carril del bienestar, se observa igualmente la profusión de acciones (llamadas solidarias) y que se presentan en forma de espectáculos televisivos, festivales benéficos, “voluntariado” de famosas, exposiciones donde cada organización compra-vende su producto solidario, publicidad agresiva que trata de culpabilizar al ciudadano y captar socios/dinero utilizando la desgracia ajena, nuevos programas de televisión que compiten por una mayor audiencia introduciendo supuesta temática solidaria, introducción del gran capital de la banca

ternacional. Dicho de otro modo, fomentan un nuevo tipo de colonialismo y dependencia cultural y económica».

El autor de este alegato es el sociólogo James Petras.

Reacción desde la Iglesia

No se puede negar que la Iglesia en España ha mostrado sensibilidad frente a la pobreza. Pero lo ha hecho por un camino equivocado: el camino del asistencialismo. Aquello de las virtudes de «magnificencia, munificencia y beneficencia». Pocas instituciones podrán presentar una hoja de servicios a los pobres tan amplia como «Cáritas».

La Iglesia ha mostrado con toda claridad donde hay que ejercer la caridad: «La acción caritativa –dice el Concilio Vaticano II– puede y debe llegar hoy a todos los hombres y a todas las necesidades. Donde haya hombres que carecen de comida y bebida, de vestidos, de hogar, de medicinas, de trabajo, de instrucción, de los medios necesarios para llevar una vida verdaderamente humana, que se ven afligidos por las calamidades o por la falta de salud, que sufren en el destierro o en la cárcel, allí debe buscarlos y encontrarlos la caridad cristiana, consolarlos con cuidado diligente y ayudarlos con la prestación de auxilios».

Pero inmediatamente después nos dice la manera de ejercer dicha caridad. Y lo ha dejado muy claro:

«Para que este ejercicio de la caridad sea verdaderamente extraordinario y aparezca como tal, es necesario que:

– se vea en el prójimo la imagen de Dios según la cual ha sido creado, y a Cristo Jesús, a quien en realidad se ofrece lo que se da al necesitado;

- se considere con la máxima delicadeza la libertad y la dignidad de la persona que recibe el auxilio;
- que no se manche la pureza de intención con ningún interés de la propia utilidad o por el deseo de dominar;
- se satisfaga ante todo a las exigencias de la *Justicia*, y no se brinde como ofrenda de caridad lo que ya se debe por título de justicia;
- se quiten las *causas de* los males, no sólo los *efectos*;
- y se ordene el auxilio de forma que quienes lo reciben se vayan liberando poco a poco de la dependencia externa y se vayan bastando por sí mismos».

Creo sinceramente que muchas de las obras de caridad que hacemos en la Iglesia no tienen en cuenta estos criterios que elaboró el Concilio Vaticano II en el nº 8 del Decreto sobre el Apostolado Seglar. Y entiendo que para que la labor caritativa que hace la Iglesia cumpla con los criterios que ella misma se ha dado tiene que salir del campo del asistencialismo y pasar al campo profético, que necesariamente lleva a enfrentarse con todos los poderes de este mundo, el económico, el político, el cultural y hasta el religioso. Y hemos de saber, además, que «hay caridades que no sólo no se agradecen, sino que no se perdonan».

Si la Iglesia continúa en el campo del asistencialismo seguirá recibiendo las bendiciones de todos los poderosos de este mundo, pero si se traslada al campo profético, recibirá todas las pedradas que todos los profetas han recibido... Jerusalén, Jerusalén...

Y situarse realizando su imprescindible función profética la tiene que llevar a seguir diciendo que «en extrema necesidad todos los bienes son comunes», que la fabricación o compra de tanques (éstos deben ser

para defendernos de Portugal) y aviones no pueden tener prioridad sobre que el 20% de los pobres salgan de ese estadio inhumano de estar en la pobreza severa (menos de 22.000 ptas. al mes). Y habrá que desprestigiar a los señores magistrados que, ganando 10 millones al año, les suben el sueldo 6 millones más.

Y, sobre todo, la Iglesia tiene que alentar al Estado para que distribuya los bienes económicos por medio de una progresiva imposición fiscal.

El Banco Mundial –cuyos economistas no son precisamente monjas de la caridad– cayó en la cuenta de lo siguiente, en referencia a América Latina: «Casi una quinta parte de la población de la región sigue viviendo en la pobreza. Esto se debe a un grado excepcionalmente elevado de desigualdad en la distribución del ingreso».

Y añade: «Elevar los ingresos de todos los pobres del continente a un nivel inmediatamente por encima del umbral de pobreza costaría solo un 0,7% del PIB regional, lo que equivale a un *impuesto sobre la renta de 2% aplicado a la quinta parte más rica de la población*» (Informe de 1990).

Ocho millones y medio de pobres en España no pueden estar a merced de los buenos sentimientos de las personas particulares. Los ricos por definición tenemos el corazón de piedra. Y a la Iglesia no le queda otra salida que ponerse del lado de los débiles frente a los fuertes. Por eso tenemos que seguir diciendo dentro de ella «Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad». Pero ¿y si los hombres, como reiterativamente estamos demostrando, no tenemos buena voluntad, sino mala voluntad?

Pues entonces la cosa está clara: «Guerra a los hombres de mala voluntad».